

PERFIL ÍNTIMO Y ANECDÓTICO DE JOAQUÍN ROMERO MURUBE

Por JOAQUÍN CARO ROMERO

Decía André Gide que “todas las cosas ya fueron dichas, pero como nadie escucha es preciso comenzar de nuevo”.

Joaquín Romero Murube fue elegido en la primavera de 1942, a sus 38 años, miembro numerario de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pero fue declarada su plaza vacante seis años después al no haber presentado el texto de su discurso de ingreso. La Academia, muy benévola, actuó con paciencia y hasta saltándose su fuero estatutario, pues su Reglamento establece el plazo de un año, o a lo sumo año y medio, para que el electo presente su discurso de recepción. Nadie sabe los motivos ni el trasfondo de este caso único, ni el propio Romero Murube lo aclaró nunca. Siempre respondía con un quiebro irónico y una cáustica evasión a la interrogante que yo le planteaba:

–Don Joaquín, ¿por qué no quiso usted ingresar en Buenas Letras?

–Porque no me considero con mérito suficiente.

Y al preguntarle yo por una controversia mantenida en la prensa local entre él y la Academia, me respondió:

–No tuvo importancia... Fue un pequeño rifirrafe en el que yo escribía como si fuera académico y algunos académicos contestaban como si fuesen Romero Murube...

Estas declaraciones están recogidas en una juvenil entrevista que le hice y se publicó en el semanario sevillano *Novedades* del 30 de marzo de 1963, publicación que poco después cayó en manos de mi entrañable amigo y paisano el gran y olvidado poeta Antonio Aparicio, muerto en el exilio y que compartió trinchera y cárcel con Miguel Hernández, quien además fue su padrino de boda en plena guerra.

Las barreras cronológicas –yo tenía 19 años y Romero Murube 55– no impidieron la solidez de una profunda amistad que se extendió a lo largo de la última década de su vida. El asunto de Romero Murube y la Academia lo he tratado más de una vez, la más extensa y reciente el verano pasado en el periódico *ABC* de Sevilla (edición del 14 de julio). He leído después que Romero Murube no quiso ingresar en la Academia “por enemistad con su entonces director, el poderosísimo e influyente canónigo y capellán real don José Sebastián y Bandarán”. Opinión inexacta y sin fundamento que en modo alguno comparto, pues ni cuando el señor Romero Murube fue elegido académico ni cuando se declaró su plaza vacante era director de esta Academia el doctor Sebastián y Bandarán. Es evidente que esta Academia siempre ha estado acorde con los tiempos históricos que le ha tocado vivir y participar. Y expongo una sola prueba. En la larga posguerra esta Docta Casa estaba llena de académicos con sotana. Ahora, con la democracia y las libertades, no tenemos ningún cura numerario. Un endecasílabo del gran Blas de Otero hace una pregunta a la que hoy la realidad ha respondido: “¿Estamos todos o es que falta el cura?”

Max Aub, un enorme y copioso escritor, que era un año mayor que Romero Murube y del que trazó una áspera semblanza situándolo en una Sevilla, la de posguerra, mediocre e insignificante incluso desde una perspectiva cultural –¿dónde el Salinas o el Guillén de su Universidad?–; una Sevilla destruida poco a poco y sacrificada por sus regidores al turismo. La Sevilla que soñó Romero Murube no pasó de ser un sueño.

Max Aub reconoció que Romero Murube –recojo sus palabras– “fue un poeta totalmente de su generación española”. Pero situarlo en una generación –en este caso en la del 27– resultaría una simplicidad sin el levantamiento de la veda, sobre todo reco-

nociendo los precedentes con que cuenta la literatura contemporánea, cuyo canon lo establece el poder literario que, por cierto, no es exclusivo de la llamada “mafia rosa”. Esto de las generaciones es un caldo de cultivo para catedráticos acomodados y diletantes crédulos, que se toman en serio las falsificaciones y las supercherías. Alguien tan digno de consideración como el magnífico poeta Jaime Gil de Biedma, con el que mantuve una amistad reflejada en huellas epistolares, denunció valientemente que su generación, la del 50, y la del 27, eran operaciones de lanzamiento literario, hechas a posteriori; montajes de autopromoción, garantizados por las famosas y discutidas antologías poéticas de Castellet y Gerardo Diego. La vanagloria de una institución local como madrina nutricia del 27 me parece el fruto sin madurar de un parvulario.

El antólogo que le hace más justicia –sin olvidar a Federico Carlos Sáinz de Robles y César González-Ruano– fue uno, muy reputado, que sentía por Romero Murube gran admiración, cotizándolo mucho como escritor, persona y personaje. Me refiero a José Luis Cano, que en su *Antología de poetas andaluces contemporáneos* selecciona nada menos que una docena de poemas de Joaquín Romero Murube. Por su parte, el académico de la Española, Francisco Rico, en su antología “Mil años de poesía española”, lo incluye como único poeta del grupo “Mediodía”, lo que constituye una arbitrariedad manifiesta, muy propia de aristarcos consolidados o congresistas con derecho a cocina. ¿Y a Rafael Laffón, por ejemplo, dónde lo ponemos? ¿A qué viene la relegación? A la ignorancia o a la interpretación de un canon mal digerido. ¿Hasta cuándo las vacas sagradas van a seguir robando impunemente el pienso?

Otro de los antólogos y críticos universitarios actuales, Andrés Soria, al seleccionar dos poemas, precisa que el poeta estuvo “asimilado a la Junta Técnica de Falange desde 1936”, lo que en estos tiempos se recibe negativamente. Su lucha contra viento y marea le condujo a las tinieblas de la censura. Tres años antes de morir, cambió de periódico para firmar sus colaboraciones. En aquella Sevilla no se podía ni censurar un escaparate del Corte Inglés porque había dinero por medio.

Joaquín Romero Murube murió sin conocer lo que de él opinaba la esposa del poeta Juan Ramón Jiménez. En el segundo

tomo de su *Diario*, Zenobia Camprubí registra el 25 de mayo de 1939, cuando el matrimonio se encontraba en su exilio de Miami, La Florida, este párrafo: “El paquetón del *ABC* de Sevilla nos transportó a un mundo pasado, de vanidades sociales combinadas con vacías prácticas religiosas. Lo único agradable del periódico era un artículo de Romero Murube”.

Pero abandonaré caminos espinosos, que si me afectan no me preocupan –mi escepticismo crece con los años– y entraré en horizontes más amables y anecdóticos de privacidades, desde el respeto y la veneración a su memoria.

A raíz del 25 aniversario de su muerte, un querido compañero de esta Real Corporación, don Joaquín Carlos López Lozano, escribía que este que les habla era el “mejor adalid poético” de Romero Murube y añadía: “Joaquín Romero, Joaquinito Caro y yo formábamos un trío de Joaquines que hoy se nos queda en una pareja, en la que Joaquinito Caro pone su juventud ya fructífera y yo la experiencia de hacer muchas veces la vista gorda para no ver lo que pasa amén ya de tener que cerrar la nariz para no oler hasta donde llega la corrupción en nuestros lares”. Una frase que no ha perdido actualidad, aunque de aquel trío de aquella pareja sólo quedo yo para certificarla. López Lozano, fiel feligrés de Baco como su tocayo mayor, escribió en la revista del Ateneo de Los Palacios, *El Soberao*, en un número especial con un precioso dibujo de portada de Maireles, que Romero Murube “era el cachondo más serio que yo he conocido, genio y figura hasta la sepultura. Zumbón, sibilino se cachondeaba de su sombra. Respetaba a las furcias; yo le llamaba *protector de putas pobres*. Joaquín dormía poco, era lucharniego”. Por si alguien desconoce el significado de la palabra lucharniego –don Joaquín, maestro de la palabra, consultaba muy a menudo el Diccionario– diré que lucharniego equivale a nocherniego, “que anda de noche”, adjetivo poco usado, y también se aplica a una clase de perro adiestrado para cazar de noche. Qué ambigüedad tan sugerente.

De él se cuentan tantas anécdotas que yo personalmente dudo de su veracidad. Creo que el propio don Joaquín las difundía entre los amigos, porque tenía un acusadísimo sentido del humor y una gran capacidad para los montajes satíricos. Yo ayer desmonté en el Alcázar el apócrifo episodio del refugio del poeta

Miguel Hernández en el Alcázar bajo la mano salvadora de su director conservador, que se lo presentó al general Franco que andaba por allí. Algo fuera de la realidad y del sentido común. También desmentí la contestación imposible de un empleado del recinto monumental señalándole al jefe lo de los gatos que tenía en la barriga. Una anécdota desmesurada de pura ficción.

Lo que paso a relatar lo viví yo a su lado. Podría extenderme hablando de la tarde que me llevó en su Volkswagen —el coche que estuvo de moda entre los jefes del Tercer Reich— a su huerta palaciega de La Noria, donde pasamos una deliciosa velada. Él veía en mí, antes que al discípulo, al hijo que no tuvo. Y miren por dónde hasta me casé con la hija de un lejano familiar del poeta. Nos prestábamos libros. Él me los devolvía; yo, no. En cierta ocasión me lo encontré leyendo “La casa verde”, de Mario Vargas Llosa, y me dijo:

—Este es de los que escriben para aburrir al lector.

Sería larga la evocación de nuestros mano a mano en la Venta Ruíz, tomando el sol del otoño en la terraza, leyéndole yo “Coplas de Juan Panadero”, de Alberti, en la primera edición de Montevideo, que él desconocía:

Mi mayor invento es
decir que un cuatro es un cuatro,
pero que un tres no es un tres.

Franco, le explico mi invento:
si seis tiros son seis tiros,
cuarenta son cuatrocientos.

(...)

En tres versos solamente
cabe la bala que a un hombre
puede partirle la frente.

(...)

Canto si quiero cantar,
sencillamente, y si quiero
lloro sin dificultad.

Joaquín Romero no se inmutaba o parecía no inmutarse. Me escuchaba atentamente sin traslucir sus sentimientos ni pronunciar palabra.

Fue un hombre polémico en la Sevilla de su tiempo y ello le acarreó no pocos problemas. Servir con el amor, la verdad y la independencia a la tierra de uno no siempre es bien entendido ni correspondido. Se dice que Sevilla hace a sus hombres y luego los aburre. Desde unas libertades que ayer no se tenían cuesta imaginarse hoy que Joaquín Romero Murube, católico, apostólico y romano de la ciudad de Sevilla, pregonero de su Semana Santa en 1944 y hermano de la Soledad, estuviera a punto de ser excomulgado en 1949 por el cardenal Segura a causa de un artículo que publicó.

Se casó con una prima suya. Era un hombre que despertaba la admiración, la simpatía, el afecto y la curiosidad de las mujeres, porque las mujeres se sienten más atraídas por el hombre interesante que por el guapo. Sabido es que ligaba más el feo Chateaubriand que el lindo Stendhal.

El erotismo de la época de Joaquín Romero Murube era un poco como el erotismo de la época becqueriana. Un erotismo reprimido y mal disimulado, de mesa camilla, como el que refleja este epigrama:

Juana me dio una pisada,
y yo juzgué que era acaso;
dióme otra no tan paso,
tampoco le dije nada.
Íbame a dar la tercera,
Yo le dije: ¡Tente, Juana,
que si yo tuviera gana,
bastaba con la primera!

Las mujeres y la literatura nos daban muchos temas de conversación, como si no nos separasen la experiencia y los años. Él y yo, como Rubén Darío, pensábamos que “la mejor musa es la de carne y hueso”. Un día, paseando juntos por los jardines del Alcázar, se le acercó una turista a preguntarle algo y él le contestó en inglés. Yo, sorprendido, porque nunca le había escuchado hablar en inglés, le pregunté:

—Don Joaquín, ¿dónde aprendió usted el inglés?

Y don Joaquín, muy serio, muy digno, sin titubear, burlón, pícaro y reprimiéndose la ternura, respondió:

—En la cama.

Yo no sé quién fue la profesora de inglés de don Joaquín, pero sí sé cuál era la de francés. Fue la que tradujo en 1953 una antología poética suya que tituló *Silences d'Andalousie* y en 1958 *Village lointain*, un libro de la estirpe de *Ocnos*. Era madame La Granduille, que utilizaba el seudónimo de Ana Arroyo. Un día me la presentó. Ella fue la que nos hizo la última foto juntos meses antes de la pérdida del políglota sultán del Alcázar. En la foto están con nosotros Jorge Guillén y su segunda esposa Irene Monchi Sismondi. Al morir don Joaquín mantuve correspondencia epistolar con aquella culta dama que le enseñó francés. De las profesoras de alemán e italiano, si las tuvo, yo no tengo noticias.

Conservo casi todos sus libros dedicados –a las reediciones de dos de ellos les hice el prólogo–, con dedicatorias tan joviales y cariñosas como una donde pone: “A Joaquinito Carito Romerito, de su amigote Joaquinote”, algunas de las cuales se reproducen a continuación. Fotografías, cartas, casetes, algún manuscrito y hasta copia de una película que nos rodamos mutuamente con su tomavistas de 8 milímetros en la primavera de 1967. Recuerdo que por entonces le confesé que tenía una novia enraizada familiarmente con él en su cuna palaciega, Inmaculada, la hija de doña Pura Guzmán Canga-Argüelles –a la que él conocía desde su juventud– y de don Antonio Rodríguez Mancera. Le conté que la Virgen de la Esperanza Macarena me la puso por delante en 1964, cuando fue designada madrina de su coronación, y *ABC*, con tal motivo, me mandó al convento de las Hermanas de la Compañía de la Cruz, donde estaba como alumna interna, a entrevistarla. Romero Murube, paternalmente, me dijo:

–A esta no le hagas daño.

Y aquel conmovedor encargo suyo, lo cumplí y lo cumplo, si no se entiende por hacer daño el casarse, como me casé, con aquella niña de la entrevista periodística, Inmaculada Rodríguez Guzmán, hace cuarenta y ocho años.

El eco en la memoria me devuelve cada día, con un lenguaje onírico, aquellas nueve sílabas, cifra cabalística del destino y cómputo de las musas, los ángeles y los planetas:

–A esta no le hagas daño.

Fueron las últimas palabras que le escuché. No hubo otra despedida.

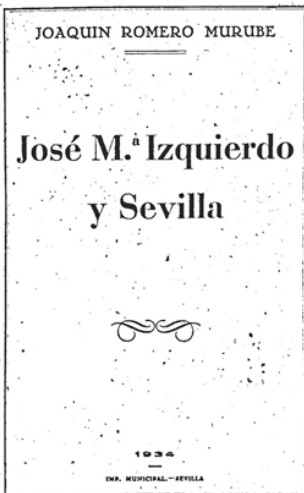
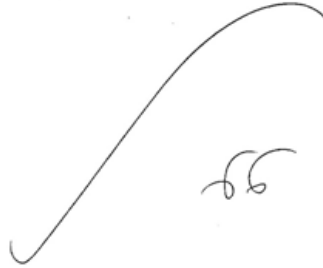
JOAQUIN ROMERO Y MURUBE

FRANCISCO
DE
BRUNA
Y
AHUMADA



SEVILLA
1965

Para Joaquín
Adonis
con
mi felicitación y mi afecto
Joaquín



JOAQUIN ROMERO Y MURUBE

LOS CIELOS
QUE
PERDIMOS

Para Joquinito Carito Romero
de un amigo de Joquinito

LOS CIELOS
QUE
PERDIMOS

X-64

CARTA-PRÓLOGO DE FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

JOAQUÍN ROMERO Y MURUBE

LEJOS
Y EN LA MANO

Para mi tío
Joquín, muy
widiamente

Joqui

AVANT-PROPOS DE PAUL MORAND

JOAQUÍN ROMERO MURUBE

SILENCES
D'ANDALOUSIE

POÈMES

ÉDITIONS
GÉNÉRALES

JOAQUIN ROMERO MURUBE

PUEBLO
LEJANO



INSULA - MADRID, 1954

*Para Joaquín en
Domingo de Resurrección
con el afecto de
Doña María*

SILENCES
D'ANDALOUSIE

62

*Para Joaquín
caro
Romero
tras*

PUEBLO LEJANO

*su visita al
P. lejano
con
el afecto de
su amigo*

José

«...YA ES TARDE»

NARRACIONES NOVELISTICAS

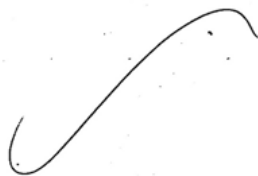
POR

JOAQUIN ROMERO Y MURUBE

Sevilla
«GRÁFICAS DEL SUR»
1948

De camino, dedico
este libro a desear
por del autentico

Alonso,
con el afecto de
Joaquín



JOAQUIN ROMERO MURUBE

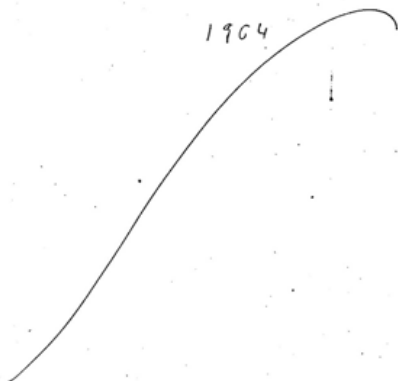
TIERRA
Y
CANCION
POESIAS



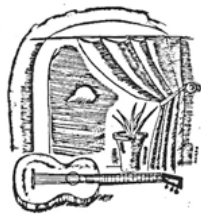
EDITORIA NACIONAL
MADRID, MCMXLVII

Para Joaquín
Joaquín

1904



LIBRERIA SAIZ
BIENFES. 99
SEVILLA



Joaquín Romero Murube

SEVILLA

EN LOS LABIOS



Este libro de los años y
unos años, a Joaquín
le dio un poco más de
25 años. ¡Un efecto
de Joaquín

SEVILLA
EN LOS LABIOS

CS